

David Martín del Campo
LA NIÑA FRIDA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

David Martín del Campo

LA NIÑA FRIDA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

DAVID MARTÍN DEL CAMPO
LA NIÑA FRIDA

TUSQUETS
EDITORES

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Acerca del autor

Créditos

La belleza es la inocencia; la inocencia es la ignorancia; la ignorancia es la ignorancia del placer; el placer es culpable.

J.M. COETZEE

Juan Antonio miraba la bandera en lo alto del mástil. Mientras tanto, sus compañeros entonaban el himno con fingida marcialidad: «Mas si osare un extraño enemigo profanar con su planta tu suelo, piensa ¡oh Patria querida! que el cielo...».

Era lunes por la mañana y hacía fresco. Los alumnos lucían su uniforme de gala: camisa blanca y saco guinda con botonadura de latón. Un cúmulo amenazante mantenía velado al sol; de seguro llovería por la tarde.

—¿Te pasa algo? —musitó Mario, su compañero—. ¿Por qué no cantas?

El muchacho le devolvió una sonrisa confusa. El gesto intentaba sugerir una mala noche; la pesadilla de los perros ingresando por la ventana. Se reincorporó al coro de aquellos niños peinados con brillantina: «¡Patria, Patria! Tus hijos te juran exhalar en tus aras su aliento, si el clarín con su bélico acento...».

Sintió pena por Mario. Sus padres recién se habían divorciado y la norma era no hacer demasiadas preguntas. Lo de Mario Bermúdez cumplía un ritual compartido en secreto: discusiones que duraban toda la noche, alegatos por dinero, reprensión por esa llegada a tan altas horas. El padre durmiendo en el sofá de la sala hasta el día en que abandonaba, por fin, la casa. Les había ocurrido a Fernández, a Zorrilla, a Marroquín. Algunos, al terminar el estudio, abandonaban el instituto. «Ojalá que Mario se quede», pensó Juan Antonio Negrín cuando el coro ya concluía.

De pronto hubo un quiebre atmosférico y el sol asomó.

Una hora después los chavales se estarían desprendiendo de aquellas chaquetas color púrpura, que utilizarían incluso como hitos de portería. «El acero aprestad y el bridón.» Lo había preguntado en clase cuando explicaban los símbolos patrios.

—Maestra, ¿por qué la palabra guerra se repite nueve veces en el Himno Nacional? —Negrín se había levantado luego de entregar su composición.

—¿Nueve veces? —repitió la profesora.

—Sí, maestra. Con la estrofa principal, que se repite, son nueve veces.

—Lo que pasa es que México ha sufrido mucho por las agresiones externas... —la profesora desesperaba con aquellos desatinos—. A ver, si alguien incendiara tu casa una y otra vez, ¿tú qué harías?

Negrín no tenía la respuesta. Ni esa ni muchas otras. Respondió con franqueza:

—Llamaría a los bomberos —y estallaron las carcajadas.

Aquello había ocurrido un año atrás y ahora estaban por terminar la primaria. El siguiente ciclo iba a adquirir mayor severidad: álgebra, física, biología, escritura en inglés, además del acné y los pantalones zancos. Sólo que eso sería hasta septiembre, se consoló el chaval cuando alzó su pesada mochila.

El prefecto ya ordenaba la marcha hacia los salones de clase. «Por favor, por favor, guarden silencio.» De pronto hubo un soplo de brisa que todos agradecieron; el bochorno de abril era mitigado por aquella ráfaga que descendía de la montaña. Entonces la tormenta se desataría antes, en el primer recreo.

Juan Antonio cumpliría años en octubre. A pesar de ser el mayor del grupo, no era el más desarrollado. Observó que en lo alto del mástil la bandera daba esporádicos alezados. Parecía despedirse. Le vino una ocurrencia... Se llevó la mano a la frente, pero el pescozón de Mario neutralizó su gesto marcial.

—Anda, menso, no te retrases.

Cargó la mochila con el ánimo de un miliciano. Sudaba,

pero se trataba de sudor frío.

—¿Viste anoche a Los Polivoces? —preguntó Mario a su lado—. Estuvo padrísimo, se vistieron de marcianos.

—¿Ah, sí?

Definitivamente algo le ocurría. Quizás una salmonelosis, los mareos de la mutación hormonal, la abuela en agonía. Había que llegar al pupitre y guardar los cuadernos, sentarse derechos y rezar a coro el avemaría.

—Qué, ¿te empapaste con el aguacero del sábado?

Negrín no entendió el comentario. Simón Tame, su compañero de banca, insistió:

—Estás pálido como una vela. ¿No tienes calentura?

No respondió. Tampoco vaciaba su mochila. Esperaba que en algún momento pudiera dominar aquella desagradable transpiración.

—Álvarez Barajas —comenzó a pasar lista el profesor.

—¡Presente!

—Ambriz Pérez —continuó, siguiendo su norma de nombrar a los alumnos por el apellido.

Corría una extraña historia en torno al profesor Arriaga. Que antes había vivido en Tabasco, donde abandonó mujer e hijos. Que se había fugado con una cantante de buen porte que lo dejó en la ruina. Que se había convertido en rosacruz... y por ello soltaba a cada rato eso de «Mente pura, corazón noble y un cuerpo sano». Era adusto, vegetariano, abstemio y usaba sombrero de fieltro.

— Ambriz Pérez... Ambriz Pérez —insistió, alzando la vista.

—No vino, profe.

—Se le habrán pegado las sábanas... por los meados.

Estalló una carcajada general. No era ningún secreto que su compañero tenía un problema de enuresis.

—Ya, ya. Orden, por favor.

Poco a poco retornó la calma. Iban a reiniciar con aritmética, los números exponenciales que no todos comprendían. Más allá del instituto, a través del ventanal, era posible mirar la evolución de los nubarrones sobre las cumbres de Maltrata.

—Bolaños Pimentel.

—¡Presente, maestro!

Después de pasar lista recomenzaría la rutina escolar. Entonces Juan Negrín se dijo: «Bueno, ya», y abrió su mochila bajo el pupitre. Extrajo un Ferrari de juguete, rojo metálico, y su guante de beisbol. Abandonó su lugar, fue hasta el pupitre de Brito Martínez y le entregó en secreto el guante deportivo Wilson. Su compañero quedó sorprendido con la manopla y no supo qué decir, pues su obsequioso condiscípulo ya se desplazaba por el pasillo hasta el pupitre de Perdomo, el tartamudo de la clase, para entregarle el cochecito. Siempre hablaba de carros, el premio de la Fórmula Uno... «Ni-Niki Lauda, Em...merson Fittipaldi.» Perdomo revisó el Ferrari como si indagara su sistema de suspensión. Negrín retornó a su lugar y volvió a hurgar en la mochila. Esta vez extrajo un avioncito de aluminio, un Mustang P-51, y una bolsa de canicas. Se desplazó hacia los pupitres de Bolaños y Ortega, y les dejó esos presentes sobre la mesa mientras el murmullo se expandía por el salón. Daniel Bolaños, que era el obeso del grupo, comenzó a soplar contra la hélice del aeroplano y se maravilló por la soltura de sus giros. Ortega sacaba ya un puñado de canicas, casi todos «tréboles» cascados. Hacía por lo menos dos años que ese juego había pasado de moda.

—Negrín Llure, regrese a su lugar —lo reprendió el profesor.

—Sí, ya voy, maestro.

El nervioso Juan Antonio retornó a su pupitre, pero apenas sentarse rebuscó nuevamente en su mochila como si se tratara de un saco navideño. Esta vez extrajo un banderín deportivo del equipo Necaxa con la firma del campeón Agustín Peniche; también su libro ilustrado, Tom Sawyer, y un muñeco articulado vestido de hombre rana. Le faltaba una aleta. Fue hasta los pupitres de otros tres compañeros y en silencio entregó esos objetos.

—Negrín, ¿no me oyó? ¡Vaya a su lugar!

—Sí, profesor Arriaga. Lo siento mucho, lo siento mucho... —se disculpaba al retornar nuevamente a su mesa.

—Tan temprano y ya estamos metiendo desorden —volvió a amonestarle, para continuar con la relación de asistentes—: Medina.

—Presente.

El primogénito había dejado de sudar. Iba a ser su turno en la lista cuando se volvió hacia Mario Bermúdez, en el pupitre del frente. No se llevaba demasiado bien con él, y como no había visto el programa de Los Polivoces no tendrían mucho de qué platicar.

—Hazte para allá, por favor —le dijo, y en eso resonó un relámpago en la distancia.

Juan Negrín volvió a hurgar en su mochila. Esta vez extrajo un revólver. Lo recargó contra su parietal y apretó el gatillo.

La detonación asustó a todos. El niño quedó yerto sobre el pupitre y su compañero Bermúdez comenzó a manotear como histérico, pues algunos fragmentos de masa encefálica le habían salpicado la camisa. Alguien abrió la puerta y salió gritando:

—¡Se mató Negrín! ¡Se mató Negrín!

En ese momento inició la lluvia, aunque pocos repararon en el fenómeno. La lluvia temprana de abril empapándolo todo. Con ella encima muchos abandonaron el instituto aquella mañana de primavera, cuando el pequeño Juan Antonio regaló sus mejores juguetes.

Aquella tarde Max Retana recibió una llamada por demás insólita. Larga distancia desde Orizaba, «un niño que atentó contra su vida». Eso dijo la voz femenina en el auricular, luego subrayó: «Se trata de algo que no debió haber ocurrido». Lo visitaría la semana próxima, ¿había que pagar mucho por el servicio?

Max aguantó la respuesta. Lanzó una mirada a Eva, recordando que ese lapso resultaba fundamental para una buena tasación.

—Cobramos en dólares —respondió con tono impersonal.

—Está bien, el lunes de la semana entrante. ¿A las doce, me decía? —terminó por aceptar aquella voz contenida.

—Sí, a las doce. Aquí la esperamos.

Al colgar Max volvió a sonreírle a su secretaria, su asistente, su...

—Una tragedia familiar en Orizaba —informó con apatía—. Quieren saber por qué se les mató un muchacho que apenas llegaba a la adolescencia.

—¿El lunes?

—Eva, necesito que estemos los dos. Ya sabes, hay que impresionarlos con nuestro absoluto profesionalismo. La agencia Retana en pleno.

—Sí, claro.

La cuarentona ya no repuso más. Era la hora de apagar la Remington eléctrica. «Nuestro absoluto profesionalismo.» Antes de llegar a casa pasaría al súper.

—¿Terminaste la transcripción?

Eva Elorduy confirmó con un gesto. Ahí, sobre su escritorio, estaba el dossier. Catorce cuartillas impecables, a doble espacio, junto a los audífonos de la grabadora. Una conversación suministrada furtivamente por un empleado de la empresa telefónica.

—Hasta mañana, Eva. Muchas gracias.

—Hasta mañana, Max. Cuídate.

«Sí, cuídate», se repitió el investigador privado. Era lo que venía haciendo desde siete años atrás, cuando inició con el despacho. Dejó todo y se dirigió al archivero. Tiró del primer cajón y sacó la botella de Johnnie Walker. Sirvió dos dedos en el vaso y lo apuró de un tirón. Intentó el disfrute de ese lapso de languidez, pero en lugar del calorillo irradiándose por el plexo solar sintió un ardor ascendente por el esófago. No lo dudó un momento. Retana hurgó en el saco hasta dar con el Melox. Dos pastillas que deglutió apenas masticarlas.

Retornó al escritorio y abrió su agenda. La cita con el subsecretario estaba concertada para el viernes en una discreta cafetería de la avenida Insurgentes: Maguie's. «Que imaginen que somos dos viejos maricas compartiendo el té con pastitas; eso me tiene sin cuidado. ¿Ya reunió todos los ficheros?» La pregunta que debería responder.

Max revisó el listado que le había entregado el licenciado Tornel: Julio Scherer García, en primer lugar. Miguel López Azuara, Vicente Leñero, Manuel Becerra Acosta, Gastón García Cantú, Abel Quezada, Miguel Ángel Granados Chapa, Ricardo Garibay, Froylán López Narváez, y los reporteros Manuel Mejido, Raúl Torres Barrón, Elías Chávez, Marco Aurelio Carballo, Rodolfo Rojas Zea... Veintiún nombres en total. Sólo que los reportes no estaban aún completos.

«Divorciado por segunda vez, cohabita en un apartamento de la colonia Anzures con una mujer de mala fama, Eloísa Tejedor, casada a su vez con un actor de telenovelas al que abandonó en 1973. Amistades comunistas, pero nada comprometedor. Acostumbra visitar el bar Negresco y la cantina La Mundial, donde conversa con algunas putillas-

meseras: Melina (en el primero) y Nacha Prieto (en el segundo). Al parecer está en tratamiento por una blenorragia, pero este dato no ha sido comprobado.» Y hasta ahí.

Era obvio. Con esas «fichas calientes» el licenciado José Guadalupe Tornel iba a dar un golpe de escándalo desde la Secretaría de Gobernación. Hijos bastardos, adulterios a más no poder, consumo de enervantes, lenocinio, amasias, negocios fraudulentos, violencia doméstica, evasión fiscal, homosexualidad, contrabando, tratamiento siquiátrico y, en algún caso, travestismo comprobado. Estaban las fotos, aunque borrosas porque fueron tomadas con telefoto bajo los arbotantes del Parque Hundido o en el club Lesbo's.

Lo que el reporte no incluía —porque arruinaría el esfuerzo difamatorio— era la responsabilidad paterna de muchos de ellos. El traslado puntual de los hijos al colegio, las reuniones familiares de los sábados, la asistencia dominical a misa de once en la Sagrada Familia. De eso, nada.

Max Retana sospechaba que algo muy gordo estaba en camino. ¿Por qué lo habían contratado a él, un consumado huelebraguetas? No lo sabía, aunque lo sospechaba. Se lo preguntaría al licenciado Tornel en la siguiente entrevista. De pronto estuvo ahí, evanescente y arropador, el sosiego del whisky escocés apoderándose de sus entrañas. Por fin.

—Arde, conciencia —musitó al depositarse en el viejo sofá—. Redúctese a cenizas. —Lamentó no haber prendido el aparato de música.

Tal vez la Suite de Nueva Orleans que le había regalado Eva en su cumpleaños, a pesar de que él no era ningún melómano. Duke Ellington es Duke Ellington. Encendió un cigarro y se dejó estar. ¿Por qué hay gente que hace magia con las ochenta y ocho teclas y otros simplemente producen ruido? El último resplandor asomaba a través de las persianas. El rumor de la ciudad retornando al sosiego.

Era una mujer guapa, aunque triste. Llevaba un vestido discreto, la falda por encima de las rodillas y una chalina que disimulaba el escote.

—Estoy buscando al agente Retana —dijo, y se disculpó—. ¿No llego demasiado temprano?

Eva Elorduy la instó a ocupar el sofá. Minutos antes había sacudido las migajas dejadas ahí por el jefe. Seguramente una torta de queso de puerco.

—¿Puedo?

La visitante sostenía un cigarro. Buscaba el encendedor con la otra mano.

—No hay problema; aquí se fuma todo el tiempo.

Hubo un lapso de silencio en el que intercambiaron miradas. Eva reparó en que la visitante era más joven que ella. De buena cuna.

—¿Usted no...? —la recién llegada había dispuesto el cenicero en la mesita—. Hace meses intenté renunciar, pero es más fuerte que yo.

—Más fuerte que usted.

—El cigarro —soltó con la bocanada de humo azul—. El cigarro me posee.

—Imagino que usted debe ser la señora... —Eva simuló que revisaba las notas sobre su escritorio—. Que viene de Córdoba.

—Alejandra Llure. De Orizaba, sí. ¿Está el licenciado?

En eso, la puerta del despacho se abrió y asomó el aludido. Sostenía un periódico doblado, como si pudiera andar y leer al mismo tiempo.

—Aquí va llegando —confirmó Eva.

—Parece que lo invoqué —la visitante se levantó a medias—. Buenos días, licenciado.

Después de las presentaciones de rigor pasaron al privado. Había dos sillones frente al escritorio, un mueble hermoso, obsequio del licenciado Flores de la Peña. Las ventanas estaban desnudas, permitían la vista de la calle Dinamarca tres pisos abajo.

Max indicó el sillón vacío. En el otro descansaba una bolsa de la Tintorería Francesa de la que asomaban las cortinas recién planchadas.

—Le decía a la señorita que se me hizo temprano. Usted disculpe.

—Yo entiendo; hay autobuses que no respetan la velocidad máxima.

—Me vine manejando, licenciado.

—¿Usted sola?

—En mi Brasilia. Ciento veinte en las rectas, noventa en las subidas.

Max sintió simpatía por esa decidida mujer. La imaginó revisando el velocímetro en lugar de los espejos. Entonces la puerta se abrió y Eva asomó con un gesto ambiguo.

—¿No hay problema si mi auxiliar está presente?

—Preferiría exponer mi caso a solas, licenciado.

Max permaneció pensativo, acomodó el saco en el perchero.

—Eva —solicitó—, ¿podría ofrecernos dos cafés?

—En eso estaba —la asistenta cerró la puerta con cierta violencia.

—Señora Llure, antes que nada... no me licenciadee —revisó su agenda sobre el escritorio—. Soy un simple bachiller que llegó a esto por azares que no viene al caso mentar. Dígame simplemente «señor Retana». O «Max», a secas.

La visitante se ajustó el filo del vestido:

—Yo también, licenciado... Perdón, señor Retana; yo soy Alelú.

—¿Alelú?

—Así me pusieron en la escuela, o «señora de Negrín», si lo prefiere. ¿Cobra por hora o por día?

Se estaban entendiendo.

—Por caso, señora, y por mes. Si resolvemos paga lo convenido, si no, solamente el estipendio mensual. Mil dólares.

—¿No siempre resuelven?

—Es que a veces los clientes se arrepienten. Nos obligan a abandonar.

Alejandra Llure parecía meditar sobre una pizarra inexistente.

—Está bien —aceptó finalmente— ¿Hay que firmar algo? Mi marido cubrirá el gasto... ahora que le comunique esta